



1982, año decisivo para El Salvador

En nuestro país hemos entrado desde el 15 de octubre de 1979 en uno de los períodos más críticos, dolorosos y trascendentes de nuestra historia. Se había agotado para aquellas fechas la viabilidad de un modelo caracterizado en lo económico por una forma irracional e injusta de capitalismo, que marginaba y, consecuentemente, oprimía a la mayor parte de los salvadoreños, sujetos a condiciones de vida inaceptables e intolerables; caracterizado en lo social por una brecha creciente entre una minoría que lo tenía todo, incluido el dominio de casi todas las estructuras sociales, y una inmensa mayoría desprovista de casi todo y a la que cada vez se le hacía más difícil la angustiada tarea de sobrevivir; caracterizado en lo político por un cierre cada día mayor a las soluciones democráticas y a las vías pacíficas para disfrutar de los derechos que la Constitución, convertida por años en letra muerta, otorga a todos los salvadoreños; caracterizado en lo militar por la subordinación del estamento armado a los intereses y presiones de la minoría dominante, parapetados en la ideología de una falsa seguridad nacional, desde la que se reprimía cualquier movimiento que buscara eficazmente el cambio socio-económico y político; caracterizado en lo ideológico por un subdesarrollo cultural increíble, que permitía sostener sin rubor en los principales medios de comunicación y en las manifestaciones públicas de los poderes dominantes que la política de Carter, o la doctrina de Paolo VI, eran posiciones estrictamente marxistas.

El 15 de octubre de 1979 quiso poner fin a ese modelo emprendiendo una vía reformista, cuando ya los movimientos revolucionarios se habían propuesto derrocarlo por vías más radicales, por la del pueblo organizado, que iría adoptando paulatinamente formas más audaces y violentas de acción. A finales de 1979, dos meses después de su inicio, el 15 de octubre fracasó como solución reformista y originó el más duro enfrentamiento de nuestra historia entre las fuerzas representativas del período

anterior y las fuerzas revolucionarias. Si aquéllas cambiaron hasta ofrecer e iniciar reformas denostadas por las clases dominantes, luego volvieron hacia atrás y se radicalizaron al hacer de la represión —que ha causado más de 30,000 muertos entre las clases populares— su política principal o el principio fundamental de su política. Por otro lado, el FDR-FMLN adoptó posiciones estrictamente revolucionarias e hizo de la lucha armada el instrumento principal de su acción.

Durante estos dos últimos años, 1980 y 1981, hemos asistido sobrecogidos a la violenta confrontación de estas dos fuerzas antagónicas. No es nuestra intención, al comienzo de 1982, valorar lo ocurrido en estos últimos veinticuatro meses; lo hemos hecho repetidas veces en nuestra Revista. Lo que nos importa ahora es ir en busca de una salida, que inicie un freno a la destrucción y a la muerte y un arranque hacia la construcción y la vida. Lo que nos importa es recoger las lecciones de estos dos años para ver si a lo largo de 1982 podemos empezar a terminar con lo que han sido estos años de paroxismo, con sus causas y sus efectos. Ya hemos tenido bastante, no sólo por lo que toca a experiencias angustiosas de dolor y de muerte sino también por lo que toca a saber qué es posible y qué no es posible lograr por la vía del enfrentamiento armado, tal como se ha dado especialmente en el año último. Y no sólo hemos sufrido y conocido demasiado sino que, por lo mismo, estamos en condiciones de predecir que, si no se entra por un camino radicalmente distinto del seguido en estos últimos veinticuatro meses, lo que nos espera para 1982 es algo todavía peor. El poder de las fuerzas en conflicto, lejos de debilitarse, sigue haciéndose mayor, y esto permite asegurar que, si no se cambia de rumbo, al final de 1982 estaremos llorando la muerte de otros 20,000 salvadoreños, víctimas de la confrontación, y estaremos lamentando la destrucción económica del país, como efecto de un sabotaje cada día más duro y, sobre todo, efecto de la intranquilidad e inseguridad social, que produce un conflicto de tan enormes proporciones como el que vivimos.

El 15 de octubre de 1979 quiso poner fin a ese modelo emprendiendo una vía reformista, cuando ya los movimientos revolucionarios se habían propuesto derrocarlo por vías más radicales, por la del pueblo organizado, que iría adoptando paulatinamente formas más audaces y violentas de acción.

Lo volvemos a repetir una y otra vez, porque se trata del tema central de nuestro Editorial. Si no se cambia radicalmente de rumbo, 1982 traerá un empeoramiento y un agravamiento, que pueden ser fatales para nuestro país, para el área centroamericana y caribeña y, en grado menor pero importante, para la situación internacional. Por eso decimos que 1982 es un año decisivo. Puede llevar a una salida de la situación mortal en que nos encontramos, o puede llevar a radicalizarla y enconarla hasta límites desesperados. Al afirmarlo, no estamos haciendo simples predicciones; estamos haciendo proyecciones reales a partir de lo que han sido estos dos últimos años y, en especial, el último. ¿No queremos evitarle al país monstruosos costos, que podrían evitarse, si recogemos la lección de estos dos últimos años?

Dos lecciones del pasado reciente.

Efectivamente, el análisis de estos años prueba dos cosas fundamentales: la primera, que los medios utilizados hasta ahora no son capaces de resolver el conflicto; la segunda, que la continuación en el uso de esos medios, no sólo no acercará la solución del conflicto sino que lo agravará hasta límites que prácticamente harán imposible por mucho tiempo el retorno a una vida civilizada. Examinemos brevemente estas dos afirmaciones, que son fundamentales para caracterizar como decisivo el año 1982 y para exigir un cambio radical de rumbo.

Durante 1981 el FMLN puso en marcha cada vez más acelerada su capacidad militar, tanto en los enfrentamientos armados como en la destrucción de la infraestructura económica. Con el inicio de la ofensiva general, emprendida el 10 de enero de 1981, el FMLN comienza a poner en juego su poderío militar como arma importante para la conquista del poder. Tras un largo año de lucha incesante pueden sacarse dos conclusiones. La primera, que su poderío militar es grande hasta el punto de que constantes y masivas acciones de la Fuerza Armada no han podido debilitarlo; el ejército salvadoreño, ayudado abiertamente por los norteamericanos, no ha podido lograr ninguna victoria definitiva sobre el ejército guerrillero, a pesar de haber puesto en el empeño la totalidad de sus recursos. La segunda es que a pesar de los éxitos del ejército guerrillero que controla en movimiento una parte importante, cuantitativa y cualitativa del territorio nacional, y que ha causado a sus oponentes no menos de 2,000 bajas graves, de las cuales más de 500 han sido reconocidas como mortales, no puede afirmarse que haya asestado golpes decisivos a sus contrarios ni en el campo militar ni en el económico. Desde estos hechos puede afirmarse proyectivamente que el FMLN no podrá, al menos durante 1982, acercarse a un triunfo militar, sobre todo tenida en cuenta la decisión norteamericana, ya puesta en práctica, de ayudar al ejército salvadoreño cuanto sea necesario, al menos para que no sea derrotado.

Visto el problema desde la Fuerza Armada, ha de decirse algo similar. No está en condiciones de derrotar a lo largo de 1982 al FMLN, ni siquiera está en capacidad de debilitar el poderío militar de sus oponentes. Las sucesivas oleadas ofensivas que la Fuerza Armada ha lanzado casi sin tregua durante 1981, con todos sus efectivos disponibles y con la asesoría y presencia efectiva de los expertos militares norteamericanos, así lo demuestran. ¿Qué han logrado todos ellos en lo estrictamente militar? Tal vez unos 400 guerrilleros muertos y otras 600 bajas graves; han demostrado también que por pocos días pueden entrar en los reductos guerrilleros, de modo que no puede hablarse en El Salvador de territorios liberados ni bajo control total de los insurgentes. Así la FFAA no ha logrado desalojar permanentemente de sus territorios a las fuerzas guerrilleras y menos aún, debilitar su capacidad de acción. Así lo demuestra la vuelta de las FPL a los territorios de Chalatenango, o las del ERP al de Morazán; así lo demuestra la incapacidad de proteger objetivos estratégicos claves como el Puente de Oro o el Puente del Guajoyo y, sobre todo, su propia base aérea de Ilopango, en la que, según confesión de los propios norteamericanos, los guerrilleros produjeron daño sustancial a la aviación salvadoreña. Ni tampoco se ha logrado que la terrible represión que ha causado más de 13,000 víctimas en 1981 —de las que entre 700 y 900 fueron de la población civil en la última ofensiva contra Morazán— hayan debilitado la potencialidad bélica de sus adversarios. Todo ello nos lleva a concluir lo que, por otra parte, es admitido por los gobernantes norteamericanos: que no hay posibilidad inmediata de terminar el conflicto por la vía armada durante 1982.

Con esto podemos entrar en la segunda afirmación. La primera decía que con los medios utilizados hasta ahora, guerra y represión por un lado, guerra y sabotaje por otro, no hay posibilidad de resolver pronto el conflicto. La segunda dice: el seguir durante 1982 —y ya no digamos por más años— por el mismo camino que hasta ahora, nos llevaría hasta límites que harían imposible el retorno a una vida civilizada, a una vida en la que fuera posible alcanzar niveles mínimos de supervivencia. Y es que, si siguen las cosas como hasta ahora, lo que puede esperarse para 1982 es sencillamente terrorífico: la represión seguirá su curso implacable no sólo llevando el número de víctimas y la crueldad de las acciones hasta lo todavía no visto por un pueblo que ya lo ha visto casi todo, sino incluso fortaleciendo la estructura represiva de modo que su desmantelamiento futuro se hará cada vez menos factible; la destrucción de los recursos productivos se acrecentará en cantidad y cualidad, lo que junto con el intrínseco deterioro económico, más importante que aquella, llevará al país entero al borde de la postración y del colapso, no remediable con la artificial llegada de dólares norteamericanos; la guerra y el enfrentamiento armado se extenderán por todo el territorio nacional, implicando en su curso a una mayor parte de

Hay que recoger las lecciones de estos dos años para ver si a lo largo de 1982 podemos empezar a terminar con lo que han sido estos años de paroxismo, con sus causas y sus efectos. Ya hemos tenido bastante, no sólo por lo que toca a experiencias angustiosas de dolor y de muerte, sino también por lo que toca de saber qué es posible y qué no es posible lograr por la vía del enfrentamiento armado.

la población, incluida la urbana; la vida social seguirá su descomposición, y la vida política quedará todavía más subordinada a intereses extranjeros.

Año para muerte o para vida.

Desde esta perspectiva ha de decirse, por tanto, que 1982 sería un año decisivo para la muerte de El Salvador, un año que nos conduciría a la ruina casi total, especialmente si consideramos que nadie puede prever razonablemente un triunfo militar total, ni siquiera en 1983. Si no se cambia radicalmente en 1982 la lucha seguirá recrudeciéndose hasta el agotamiento y el desangre de todo el país. La persuasión de que en 1982 no puede haber triunfo militar por ninguna de las dos partes, y de que puede darse un agravamiento de lo ya tan dolorosamente experimentado en los dos últimos años, prueba que éste ha de tomarse como año decisivo para la muerte del país.

Pero podría ser también decisivo para la vida de El Salvador, si en este año de 1982 somos capaces de romper con la espiral de muerte y violencia que nos ha ahogado durante tanto tiempo, y de abrir una nueva espiral que, si todavía no lograra traer la solución definitiva de nuestros problemas, al menos empezara a alumbrar una salida profunda de los mismos.

Como se trata todavía sólo de una salida, y no de una solución plena, no es lo más importante ahora determinar los contenidos concretos futuros de lo que ha de ser nuestro ordenamiento social. Lo que en este sentido haga la Asamblea Constituyente, que se supone será elegida a finales de marzo, no puede menos de considerarse provisional y condicionado. Repetimos, lo importante ahora no es la solución definitiva, sino la salida decisiva, la salida que nos arranque del proceso conflictivo en que estamos inmersos, para introducirnos en un nuevo proceso, que ése sí podría aportar soluciones más definitivas.

Y para facilitar esta salida, el primer paso es llegar a la convicción generalizada y operativa, no sólo de la clase política y del estamento militar, sino de todas las fuerzas sociales, de que es indispensable y urgente, de que es literalmente cuestión de vida o muerte, el encontrar durante 1982 al menos la salida inicial de nuestra situación. Lo más urgente ahora es salir, aunque no sea aceptable cualquier salida. No estamos seguros de que sea lo suficientemente generalizada y fuerte la convicción de que hay que salir cuanto antes de esta situación, de que nunca antes hemos estado en situación tan peligrosa para el país y de que, por tanto, hay que acortar lo más posible estos días de tormenta y desintegración. A quienes no les toca directamente en sus propias vidas el terrible drama cotidiano y no se paran a considerar analíticamente la gravedad de lo que está ocurriendo, les resulta más cómodo ponerse de espaldas y con los ojos cerrados ante la catástrofe de nuestra coyuntura nacional, y mirar más por su propia subsistencia que por la pervivencia general, como si aquélla fuera posible sin ésta. Hay que tener conciencia de esta urgencia y de esta indispensabilidad como fundamento sobre el que alzar otras acciones constructivas.

Un segundo paso es asimismo necesario. La realidad de estos dos últimos años muestra que de momento no es posible en el país una solución maximalista, sea ésta de tipo conservador o sea de tipo revolucionario. Las fuerzas en el país están divididas y son suficientemente fuertes para impedir el que se den maximalismos de una u otra parte. Sólo a través de una dictadura inhumana y represiva en sumo grado sería posible imponer hoy en El Salvador un régimen reaccionario o, en el otro extremo, un régimen revolucionario. No hay condiciones objetivas para ello y tampoco las hay subjetivas, porque serían muchos y muy fuertes los que se opondrían una vez más violentamente a soluciones maximalistas, contrarias a sus intereses y a sus decisiones.

Lo que se ha llamado, con mejor o peor fortuna, con exactitud o sin ella, empate o impasse militar, no es sino un signo entre otros de que en el país la complejidad de fuerzas internas y externas hacen por lo pronto imposible una salida y, menos aún, una solución exclusiva y excluyente. Podrá pensarse que hay mayor racionalidad y fuerza popular en uno de los extremos que en el otro, pero esto no obsta a que se dé una realidad, que actualmente está configurada de tal modo que no puede resolverse unilateralmente con maximalismos excluyentes.

No hay salida por el camino del aplastamiento del adversario, y el adversario, por el hecho mismo de su existencia y de su consistencia, demostradas a lo largo de estos dos años, está haciendo presente una realidad, que es absurdo ignorar. El segundo paso, por tanto, consiste en disponerse las partes contrarias a buscar una salida, que tenga en cuenta esa realidad, una salida que pueda ser aceptada por las partes en litigio. Aquí el realismo político se une al humanismo más razonable.

Esto nos lleva a un tercer paso. En la búsqueda de salida de la situación actual debe contarse con todas las fuerzas que intervienen en el conflicto, aunque este "contarse con" puede adoptar diversas formas. Pero debe contarse realmente con todas ellas. Esto es tan evidente que pudiera parecer tautológico: o se aplasta a una de las partes del conflicto, cosa que de momento parece improbable de lograr y en cualquier caso por costos altísimos, o se cuenta con los agentes principales del conflicto para buscar una salida aceptable y aceptada por quienes tienen en él una participación importante. ¿De qué otra forma se va a lograr una salida razonable, si es que una de las partes no es tomada en cuenta y, por tanto, no tomará en cuenta la solución? Es sin duda difícil poner juntos a los que hasta ahora se han enfrentado con todas sus fuerzas y con toda su pasión.

Es sumamente difícil, sobre todo, conciliar intereses y representatividades tan contrapuestas. Precisamente por eso se ha llegado a una verdadera guerra civil. Pero siendo esto difícil, todavía es objetivamente más difícil continuar por donde vamos. Habrá que arbitrar el modo viable de hacerlo, pero es impostergable intentarlo, e intentarlo con equidad, esto es, tomando en cuenta a quienes realmente pueden superar el conflicto, y buscando diligente y perspicazmente aquel punto de arranque mínimo común que pueda convertirse en salida inicial a los problemas más dolorosos y más obstaculizadores de lo que exige la solución de los mismos. Probablemente esto exigirá que se retiren del primer plano político en el momento inicial y de transición quienes han conducido el conflicto mismo. No es que al imposible de "unos y otros" se responda con el "ni unos ni otros" asimismo imposible. Unos y otros deben estar presentes, pero a través de quienes responsablemente puedan mediar esa oposición en principio irreconciliable.

A pesar de los éxitos del ejército guerrillero que controla en movimiento una parte importante, cuantitativa y cualitativa del territorio nacional, y que ha causado a sus oponentes no menos de 2,000 bajas graves, de las cuales más de 500 han sido reconocidas como mortales, no puede afirmarse que haya asestado golpes decisivos a sus contrarios ni en el campo militar ni en el económico.

Lo cual exige un cuarto paso: el que se busquen soluciones verdaderamente nacionales a lo que son en el fondo problemas nacionales. ¿En qué consiste este verdadero nacionalismo? Porque esta canción del nacionalismo se usa un tanto indiscriminadamente. Consiste, por lo pronto, en evitar toda injerencia extraña, todo intervencionismo que dificulta la autodeterminación de nuestro pueblo; ciertamente es imposible que no se hagan presentes en nuestros problemas y soluciones intereses extraños y potencias extranjeras. Estados Unidos y la Unión Soviética tienen intereses en El Salvador, especialmente Estados Unidos por su proximidad geográfica y económica y, sobre todo, por haber hecho de nuestro problema una cuestión de honor. Pero la inevitable presencia extranjera sólo es intervención inaceptable e inconveniente cuando dificulta o hace imposible la autodeterminación del pueblo y la presencia en esa autodeterminación de importantes fuerzas sociales. No hay duda de que, en este sentido, es Estados Unidos quien está interviniendo de modo más intenso y despótico sobre la situación salvadoreña, y no sólo por su directa y masiva intervención militar, sino también por su permanente y creciente intervención política y económica. Pero si el nacionalismo debe definirse negativamente como evitar el intervencionismo extranjero que dificulta o imposibilita una genuina autodeterminación popular, positivamente debe definirse desde dos ángulos complementarios: por un lado, desde la primacía del interés nacional sobre cualquier otro interés, desde la primacía de la totalidad nacional sobre cada una de las parcialidades que la componen, especialmente de las parcialidades minoritarias, que habrán de respetarse, pero que no pueden exigir hegemonizar el proceso ni apoderarse preferentemente del patrimonio nacional. Por otro lado, debe definirse positivamente el nacionalismo desde la primacía de lo nacional sobre lo que puede considerarse no sólo como extranjero sino simplemente como inter-nacional; en este sentido, nuestra pregunta fundamental no puede ser qué le conviene al Este o al Oeste, sino qué le conviene a El Salvador, sin olvidar por ello que la conveniencia de El Salvador tiene que ver con el enfrentamiento Este-

El FMLN no podrá, al menos durante 1982, acercarse a un triunfo militar, sobre todo tenida en cuenta la decisión norteamericana, ya puesta en práctica, de ayudar al ejército salvadoreño cuanto sea necesario, al menos para que no sea derrotado.

Con los medios utilizados hasta ahora, guerra y represión por un lado, guerra y sabotaje por otro, no hay posibilidad de resolver pronto el conflicto.

Estamos en condiciones de predecir que si no se entra por un camino radicalmente distinto del seguido en estos últimos veinticuatro meses, lo que nos espera para 1982 es algo todavía peor.

Oeste y, sobre todo, con el enfrentamiento Norte-Sur. El Salvador tiene unos determinados problemas reales que afectan a sus estructuras y que afectan a sus gentes, a sus clases sociales. Y esto es lo que debe ser resuelto sin llegar a confundir lo que son soluciones salvadoreñas con lo que han sido soluciones importadas por una determinada clase social dominante, que poco tiene de salvadoreña, pues su modo de trabajar, de ganar, de vivir y de pensar, tiene muy poco que ver con los modos de trabajar, ganar, vivir y pensar de las mayorías nacionales.

Creemos que si los grupos dirigentes y las partes en conflicto se ponen en la disposición que reclaman estos cuatro pasos, podríamos acercarnos en este año de 1982 a una salida no de muerte sino de vida para este pueblo crucificado, que tiene tan difícil no ya el resolver sus angustiosos problemas, sino el mero sobrevivir.

¿Hay posibilidades reales de lograrlo?

Hasta finales de marzo esto se va a procurar por el camino de las elecciones. A nadie se le oculta, ni a Estados Unidos, ni a la Junta, ni al PDC, ni a los otros partidos que van a elecciones que el proceso electoral no es la salida del actual conflicto. Y esto no tanto por sus debilidades intrínsecas, sino porque no toma en serio el conflicto y sus causas y, sobre todo, a sus protagonistas. El proceso electoral corre el peligro de optar por las armas de la muerte y de agravar el conflicto nacional. Recientes declaraciones del embajador norteamericano, Hinton, pudieran interpretarse en esta línea: si no triunfan las elecciones, ha dicho, no queda otra alternativa que el triunfo militar, la derrota militar del adversario. Pero, en esta misma lógica, podría sospecharse que tras el éxito de las elecciones lo que se busca es una justificación de la escalada militar ya prometida por la Administración Reagan, sin esperar al resultado de las elecciones.

Con todo, algo podría sacarse del proceso electoral si se lo enfoca de modo distinto. Ya que se nos han impuesto desde el extranjero las elecciones, ya que las elecciones son inevitables, saquemos el mayor provecho de ellas. Desde este punto de vista, el proceso electoral podría beneficiar al país si se dieran algunas condiciones: la primera, que no se tomara como una justificación para que la Junta, o su sucesora, sigan haciendo o permitiendo lo mismo que ha hecho y permitido la actual Junta hasta este momento, esto es, la guerra y la represión. ¿Para qué elecciones, si se va a seguir haciendo lo mismo? ¿Cómo va a ser solución lo mismo que hasta ahora ha sido una de las causas del conflicto? La segunda condición sería que el proceso electoral llevara a un diálogo de las fuerzas de derecha que participan en él, para que se constituyese consensuadamente la configuración política de la derecha, una configuración que pudiera imponer su parcial mandato electoral sobre la voluntad de los G-3 y de los M-16 y otras armas de la muerte. La tercera condición sería que, ya no "a espaldas del pueblo" —como se ha acusado a algunos frustrados intentos o declaraciones de disponibilidad para el diálogo—, se posibilitara un diálogo con la otra parte del conflicto, un diálogo que dejara de lado las balas y las bombas y entrara de lleno en el de las palabras y de las propuestas concretas. Si las elecciones, en vez de excluir el diálogo y endurecer la guerra, acercaran la posibilidad de una negociación, podrían constituirse en un paso importante hacia la salida que el país necesita con tanta urgencia. Si no lo logran, tendremos la prueba de que el proceso electoral no sólo no es la solución de nuestros problemas, sino que se convertirá en una nueva causa del empeoramiento del conflicto social.

Por otro lado, cada vez cobra mayor fuerza internacional entre países verdaderamente democráticos la viabilidad de un proceso negociador. A la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que lo recomienda como el medio más eficaz para acabar con el conflicto salvadoreño y para poner fin a la masiva, sistemática y persistente violación de los derechos humanos, se han añadido algunos signos nuevos que favorecen ese proceso negociador. Por un lado, está la Carta del FMLN al Presidente Reagan con fecha 18 de enero, firmada por los cinco comandantes revolucionarios, en la que le piden que sea consecuente con sus declaraciones y propicie una negociación que termine con la guerra genocida en El Salvador y con la intranquilidad en la zona de Centroamérica y del Caribe. Cabe añadir la conversación del Secretario de Estado, Alexander Haig, con Felipe González, Vicepresidente de la Internacional Socialista, tenida a requerimiento de aquél, sobre los problemas centroamericanos; en ella Haig, manteniendo la conveniencia de que se lleven a cabo las elecciones, se mostró favorable a un subsiguiente proceso negociador, que podría tener en cuenta, entre otros puntos, un futuro proceso electoral. Finalmente, aunque no se

La Fuerza Armada, no está en condiciones de derrotar a lo largo de 1982 al FMLN, ni siquiera está en capacidad de debilitar el poderío militar de sus oponentes. Las sucesivas oleadas ofensivas que la Fuerza Armada ha lanzado casi sin tregua durante 1981, con todos sus efectivos disponibles y con la asesoría y presencia efectiva de los expertos militares norteamericanos, así lo demuestran.

Si no se cambia radicalmente de rumbo, 1982 traerá un empeoramiento y un agravamiento, que pueden ser fatales para nuestro país, para el área centroamericana y caribeña y, en grado menor pero importante, para la situación internacional.

han hecho públicas las líneas generales del proyecto nacional, que estarían dispuestos a aceptar el FDR y el FMLN, lo que se ha podido filtrar de su propuesta negociadora deja abiertas amplias posibilidades para encontrar una salida, que más tarde pueda llevar a una solución. Y conviene enfatizar que en toda negociación ambas partes tienen que estar dispuestas a ceder en algo, lo que exige una disciplina y un aprendizaje histórico que tal vez no todos están dispuestos a recorrer.

Creemos que si, de parte y parte, se dan los cuatro pasos que hemos apuntado en este Editorial, pudiera llegarse a una cierta confluencia de la propuesta electoral con la propuesta negociadora. Las elecciones pueden desembocar en negociaciones y éstas, a su vez, pueden acabar desembocando en unas nuevas elecciones, que merezcan realmente el título de elecciones democráticas. Si esto no ocurre, ya estamos experimentando en estos dos últimos meses lo que nos espera en los siguientes. La matanza de Morazán tuvo lugar en plena campaña preelectoral; el asesinato de dirigentes políticos, como el de Rafael Rodríguez González, ha servido de luctuosa e intolerable iniciación de la campaña electoral; el ataque fulminante a la base militar de Ilopango; la secuencia ininterrumpida de víctimas de la represión..., todo esto nos demuestra que si el año 1982 no va a ser decisivo por el camino nuevo de un cierto convenio entre las partes en conflicto, lo va a ser por el viejo camino de la muerte y la destrucción.

No es cierto que la alternativa sea elecciones o guerra hasta el final, la alternativa real es guerra hasta el final o solución política. Si no resulta eficaz ni justa la solución política de las elecciones, debe procurarse complementarla con la solución asimismo política de la negociación. No podemos permitir que intereses extraños nos obliguen a entrar en una falsa alternativa de elecciones o guerra. Esa no es la alternativa única y no es, desde luego, la alternativa real. Si las elecciones no traen la solución por sí solas, es que eran una falsa solución política y de ningún modo la única solución política. A Estados Unidos y a ciertos sectores de la sociedad salvadoreña les conviene el aplastamiento militar del movimiento revolucionario, sean los que fueren los costos de la operación. Este planteamiento no responde a los intereses nacionales y, por tanto, no debe ser aceptado. Fuera de que lleva consigo ríos de sangre y de zozobra que a ellos no les tocan de cerca, pero que a nosotros sí, y de qué forma.

Pero cuando proponemos la urgencia y la inaplazabilidad de una salida, no estamos proponiendo que se acepte cualquier salida en cualesquiera condiciones. Lo que ha venido pasando tan dolorosamente en El Salvador no responde primariamente a intenciones voluntaristas y envenenamientos ideológicos, sino a necesidades objetivas. Si no se da respuesta, siquiera inicial, a estas necesidades objetivas, en vano se habrá dado tanta muerte y tanta destrucción. Si se repiten las mismas políticas de años y decenios anteriores, volverán pronto a presentarse las mismas trágicas realidades. En El Salvador, durante el último decenio, se ha avanzado enormemente en conciencia política y en decisión de participación por parte de las mayorías populares y de sus vanguardias revolucionarias. Estas mayorías populares no pueden ser defraudadas una vez más ni por los revolucionarios ni por las actuales fuerzas en el poder. Por eso la necesidad y urgencia de la salida, junto con la dificultad intrínseca que le es propia, exigen un período de transición, en el que la confrontación objetiva no puede desaparecer pero tiene que adoptar formas distintas, radicalmente distintas en los medios, de las que han predominado en estos dos últimos años.

No hay salida por el camino del aplastamiento del adversario, y el adversario, por el hecho mismo de su existencia y de su consistencia, demostradas a lo largo de estos dos años, está haciendo presente una realidad, que es absurdo ignorar.

En la búsqueda de salida de la situación actual debe contarse con todas las fuerzas que intervienen en el conflicto, aunque este “contarse con” puede adoptar diversas formas. Pero debe contarse realmente con todas ellas.

¿De qué otra forma se va a lograr una salida razonable, si es que una de las partes no es tomada en cuenta y, por tanto, no tomará en cuenta la solución?

Final de una fase y comienzo de otra nueva.

Ya dijimos que el propósito de este Editorial no era el de diseñar las líneas concretas de la salida, del período transitorio y, menos aún, de la solución. Queríamos tan sólo, porque nos parece lo más urgente y necesario, dejar en claro por qué el año 1982, en el que acabamos de entrar, va a ser un año decisivo. No son palabras retóricas que pueden aplicarse a cualquier presunto año nuevo. Toda una serie de condiciones objetivas indican que estamos acercándonos al final de una fase o, por lo menos, que ya contamos con los suficientes datos racionales como para proponernos entrar en una fase nueva.

La razón está de parte de quienes buscan realmente entrar en esa fase nueva. El Salvador la necesita. Y ya no puede esperar más. La mayor parte del país la quiere; la izquierda democrático-revolucionaria la está proponiendo en términos perfectamente aceptables. Hay esperanzas sólidas de que el mundo occidental la apoye, sobre todo después de las elecciones. ¿Por qué no intentarlo? Puede tener riesgo y peligros, puede encontrarse en el camino con grandes dificultades. Pero es que, si no se emprende, no nos queda más salida que la guerra y la muerte. Los que piensan, desde el poder, que acabarán aplastando militarmente al FMLN deben atender a las declaraciones oficiales de Estados Unidos, según las cuales, si no se acrecienta sustancialmente la ayuda militar norteamericana, lo más probable es que la guerrilla triunfaría a mediano o largo plazo. Ello significa que se profundizaría y radicalizaría la guerra, si es que no se acepta iniciar una fase negociadora.

El derecho a la paz de la nación exige que se depongan intransigencias, sectarismos, dogmatismos y hegemonismos de uno y otro sector en conflicto. La negociación, sobre bases firmes, cobra por ello toda su verdad y su sentido histórico. No iría a la negociación el FDR-FMLN porque estén militarmente desesperados; si así fuera, no ejecutarían las acciones que llevan a cabo con éxito, y Estados Unidos no se aprestaría a aumentar su ayuda militar. Ni las FFAA y los grupos en el poder irían por debilidad o derrota, teniendo como tienen el apoyo norteamericano. Se iría a la negociación para acortar los días de dolor y de destrucción, se iría a ella para iniciar una nueva andadura. Intentarlo es tarea de todos. El año 1982 es especialmente decisivo, y no lo será para bien si durante su transcurso no se hacen cosas sustancialmente distintas de las que se han hecho en los dos últimos años. Estados Unidos, la Junta, la Iglesia, los militares, los partidos políticos, la empresa privada, los sindicatos, los grupos políticos armados, todos debemos entender la gravedad de la situación y asumir la responsabilidad sobre los hechos presentes y futuros.

2 de febrero de 1982.

